

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

Estos dos títulos son obra de un “hombre pascual”, que hizo de la fe en la resurrección el núcleo de su mensaje teológico

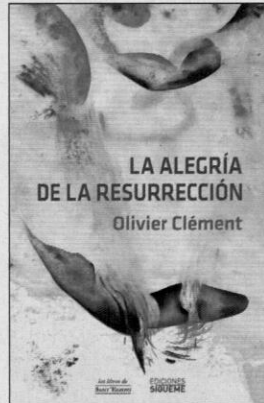
La vida que resucita

Ediciones Sígueme ha publicado la traducción de dos pequeños libros del conocido teólogo ortodoxo francés **Olivier Clément** –*La alegría de la resurrección* y *Teopoética del cuerpo*– que recogen su invariable afirmación de la Vida, que ha sido su modo de anunciar la esperanza.

Clément (1921-2009), pensador convertido a la Ortodoxia y teólogo, ha sido una voz muy oída desde el Instituto Saint-Serge de París y a través de unos cuantos títulos que han vertido al castellano editoriales como Encuentro, Narcea o la propia Sígueme. Fue, a la vez, un profundo conocedor de la tradición de los Padres de Oriente y un hombre sensible a las dificultades del creer en nuestro tiempo. El *Pliego* que dedicó a su memoria esta revista en 2011 (*Vida Nueva*, nº 2.776) resume muy bien su itinerario y refleja su empeño ecuménico.

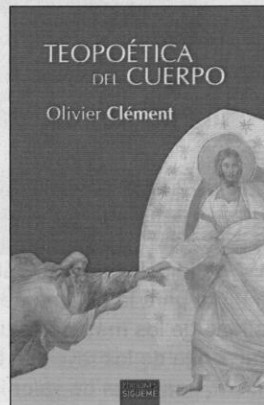
Estos dos últimos libros lo confirman como “un hombre pascual”, bañado en la que gustaba llamar “la compasión del Compasivo”, que mantuvo sin cansancio que la fe en la resurrección es la médula del mensaje que los mejores testigos de la Ortodoxia hacen llegar a nuestra humanidad, entretejida de carne y gloria. Así, en el primero encontramos una cristología esencial que habla de “lo impensable de un Crucificado hecho Árbol de la Vida”. Cruz, Pasión y Gloria son los temas que se conjugan y celebran en forma de “Suite Pascual” en unas páginas sobre la liturgia ortodoxa, tantas veces aludida en sus escritos.

La victoria de la Vida no puede ser callada en tiempos en que tantos parecen rehuir la certeza de tener que morir. Por ello, el autor pone en juego



LA ALEGRÍA DE LA RESURRECCIÓN

Olivier Clément
Ediciones Sígueme
Salamanca, 2016 · 144 pp.



TEOPOÉTICA DEL CUERPO

Olivier Clément
Ediciones Sígueme
Salamanca, 2017 · 144 pp.

los recursos de la contemplación de un arte como el del icono, que anuncia esa rara alegría, o los textos más expresivos, llenos de belleza en su concisión, de la secular Ortodoxia. Recuerda, además, que esa victoria reclama gestos que la señalicen si ha de desmontar hoy agnosticismos y ateísmos que se rebelan contra una caricatura de Dios. La Pascua, la gran fiesta y misterio de la Vida, opera sacramentalmente en las acciones además de en la celebración.

La comunión y la esperanza han de alcanzar a toda la humanidad y pueden llevar a nuestros contemporáneos desde el nihilismo al respeto, a la belleza y a la verdadera espiritualización. Al precio de que –como afirma haber oído decir al gran patriarca **Atenágoras**– ese mensaje sobre nuestra muerte-resurrección (inseparables) se renueve sin cesar, y “el recuerdo del tener que morir (inevitable aunque pretenda ser acallado en nuestro tiempo) se convierta en recuerdo de Dios”. Estamos por todo ello ante unas páginas intensas, que pueden ayudarnos a cambiar la angustia, que no deja de acecharnos, en esperanza.

El subtítulo del segundo volumen traducido reza: *Carne mortal destinada a la gloria*. Y recoge unas reflexiones sobre el cuerpo que “expresa y oculta a la persona” por ser una realidad atravesada, “sobrepasada”, por nuestro ser personal. Una corporeidad con exigencia de conciencia, que aloja “una gota de eternidad”. La antropología, que en más casos desarrolló el teólogo galo, se prolonga en su comprensión de la sacramentalidad del pan, el vino, la cera y las flores. Y concuerda con su sentido de la liturgia, en la que se realiza y celebra la comunión con el cuerpo de Cristo, que es Aliento de vida que busca inscribirse en la vida de la sociedad entera.

Al asunto mayor de la Pascua siguen la ascesis, el corazón-espíritu, el patrimonio de sabiduría que llega de los cultivadores del silencio, la irradiación del amor de los esposos y la compasión sin límites, como otros tantos que aparecen aquí tratados brevemente como señales y semillas de esperanza. Son la ayuda inestimable que el Oriente cristiano puede ofrecer ante el extendido horror a la muerte y ante la demasiado frecuente tentación de suicidio que se dan en una situación de “inesperanza”.

Como puede notarse ya en esta breve reseña, estas últimas páginas salidas a la luz nos devuelven el recuerdo de otras que hay que agradecer a un profundo pensador de lo humano que quedó fascinado por la singular transparencia de los iconos.

FELISA ELIZONDO